

Nuestro río...

... el que, según algunos historiadores, dió nombre a la Península Ibérica, es el caudal de aguas que en mayor proporción contribuye a la riqueza agrícola nacional, alimentando, entre otros de menor importancia, los canales Imperial y de Tauste, en Aragón, y los de ambos deltas en nuestra comarca.

El Ebro figura estrechamente vinculado a la historia patria, por haber sido sus aguas, repetidas veces, testigo de sangrientas batallas en guerras civiles y de invasión.

En sus orillas levantaron los romanos la inmortal *Augusta Caesar*, la Zaragoza de hoy, y a su vera florece y prospera la FIDELISSIMA ET EXEMPLARIS CIVITAS DERTOSA.

En él han inspirado sus mejores coplas los hijos de Tortosa y de Aragón; sus bellos parajes, llenos de romanticismo, han sido prodigiosamente reproducidos por el mágico pincel de insignes artistas; a la sombra de los árboles de sus ribazos descansó el Apóstol Santiago en su peregrinación por tierras ibéricas, y sus aguas bañan los muros de dos baluartes de la fe hispánica: el Pilar y la Cinta.

De vez en cuándo, su impetuosa corriente parece querer arrastrarlo todo: Tortosa conoce los efectos devastadores de sus furiosas avenidas; pero también nuestras hueras y arrozales se benefician de sus riegos, lo que hace de la comarca tortosina una de las más ricas del agro español.

En aciagas ocasiones pone luto en honrados hogares y tristeza en nuestros corazones, y en otras, más felices, como en nuestras Fiestas Mayores, congrega en sus orillas y sobre sus puentes multitudes ávidas de presenciar, en interesantes pruebas deportivas, las proezas de atrevidos nadadores, esforzados remeros y divertidos participantes en la «barra ensabonada», y admirar los fantásticos efectos de los fuegos de artificio maravillosamente reflejados en las aguas del río ibérico.

Este es el Ebro, «nuestro» río, que baja desde tierras cantábricas a rendir el tributo de sus aguas en el mar latino, después de un curso de 927 kilómetros.

S. B.

